

Notas para el estudio del regionalismo leonés en el primer tercio del siglo XX: ¿de reino medieval a apéndice autonómico?

Notes for the study of Leonese regionalism in the first third of the 20th century:
from medieval kingdom to autonomous appendix?

Alberto FLECHA PÉREZ

Universidad de León

hisafp00@estudiantes.unileon.es

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-5996-0239>

Resumen:

Frente a la generalizada concepción del regionalismo leonés como una consecuencia del pasado medieval y de la evolución histórica del reino de León, el presente artículo pretende hacer una aproximación al mismo como un proceso relacionado fundamentalmente con la modernidad. Para ello se sitúa el fenómeno dentro del contexto general en el que surge el regionalismo durante la segunda fase de la modernidad, y se analiza su formación como discurso: quiénes son sus principales actores, en qué medios se expresan y cuáles son los principales recursos simbólicos que utilizan.

Palabras clave: Regionalismo, nacionalismo, leonesismo, León (España).

Abstract:

Contrary to the widespread conception of Leonese regionalism as a consequence of the medieval past and the historical evolution of the kingdom of León, this article aims to adopt an approach to Leonese regionalism as a process fundamentally related to modernity. To do so, the phenomenon is placed within the general context in which regionalism emerged during the second phase of modernity, and its formation as a discourse is analysed: who its main actors are, the means by which they express themselves and the main symbolic resources they use.

Keywords: Regionalism, nationalism, Leonesism, León (Spain).

Introducción

El estudio de los regionalismos y nacionalismos en España ha adolecido tradicionalmente de determinadas asunciones o prejuicios que las modernas teorías sobre la cuestión están dejando en evidencia. Esas visiones, que han afectado tanto a la academia como a la opinión pública, pasan por asumir la presencia de sólidas regiones históricas en la Península Ibérica, con orígenes en reinos medievales (e incluso más antiguos), de indudable carácter e identidad, que habrían mantenido su presencia frente un estado español que no supo o no pudo imponerse a ellas.

Estos enfoques –como explicaremos más adelante– han sido sometidos a una revisión crítica en los últimos años, quedando en evidencia que tanto la construcción de la nación como la de las regiones forman parte de procesos que, si bien alimentan sus discursos con elementos recogidos del pasado, están firmemente relacionados con la modernidad. No cabe duda, por tanto, de la presencia de territorios históricos de mayor o menor entidad a lo largo del pasado, ni de identidades más o menos afianzadas, pero cuando hablamos de nacionalismos y regionalismos estamos hablando de otra cosa: ni la Hispania de los visigodos era la España de hoy, ni el

Al-Ándalus de Abderramán III la actual Andalucía.

A pesar de que contamos con estudios sobre hechos concretos del período que queremos analizar aquí,¹ en el presente artículo se pretende hacer un esbozo o interpretación general, a la luz de las nuevas teorías mencionadas, del origen del discurso regionalista en León durante el primer tercio del siglo XX. Las características de este regionalismo lo hacen particularmente interesante para su estudio, ya que la región que trata de defender no ha mantenido unas fronteras (ni físicas ni políticas) bien definidas y estables a lo largo de su historia. La identidad leonesa, que ha sido endeble hasta tiempos muy recientes y constantemente disputada con la castellana, tampoco ha contado desde la Edad Moderna con instituciones políticas especialmente significativas. Sin embargo, y con los datos obtenidos de la investigación, el caso leonés corrobora la teoría según la cual el regionalismo se configura como una cultura, un relato construido en torno a la identidad y el territorio en época moderna, que ha evolucionado y se ha robustecido con el tiempo hasta el punto de convertirse, a partir de la Transición, en un importante movimiento identitario que cuestiona abiertamente su integración en el marco administrativo en el que fue encuadrado: la comunidad autónoma de Castilla y León.

1. El regionalismo: discurso de la modernidad y cultura sobre la región

Entre los cambios de enfoque que han sufrido los estudios históricos en las últimas décadas, uno de los más significativos es el que tiene que ver con la territorialidad y su relación con los estudios sobre los nacionalismos. Así, hay autores que recientemente hablan de un “giro espacial” en estos estudios, una renovación del paradigma

que se produce a partir de los años noventa cuando, con el fin de la Guerra Fría, aparecen una serie de procesos (fin de los bloques que actuaban como aglutinantes de los estados-nación, globalización, nuevas organizaciones supranacionales basadas en comercios abiertos, aparición de nuevos nacionalismos en occidente y la antigua URSS...) que harán que el concepto tradicional del estado-nación se comience a cuestionar y a interpretar de manera mucho más crítica, y con él otros como el de región o territorio.

Fue sobre todo desde el campo de la geografía y, concretamente de la geografía regional, desde donde se pusieron las bases para reinterpretar esos conceptos, conceptos que a menudo eran utilizados por los estudiosos de manera acrítica y esencialista: las diferentes divisiones del territorio existían invariablemente y con las mismas características desde orígenes remotos, como elementos dados e incuestionables. Los estudios hechos desde la Nueva Geografía Regional por autores como Edward Soja, David Harvey o Doreen Massey, vinieron a demostrar que las unidades territoriales, su evolución, sus divisiones y los relatos que se construían sobre ellas estaban atravesadas por complejas relaciones de poder, tanto de imposición como de resistencia, según habían adelantado filósofos de la talla de Henri Lefebvre o Michel de Certeau (Storm, 2019).

Esta perspectiva también influyó en los historiadores. Los estudios sobre la formación de los nacionalismos comenzaron a abandonar la idea que veía el estado-nación como la expresión más acabada de la modernidad y a las regiones como lastres premodernos que obstaculizaban la construcción de aquel. Ya no se trataba tanto de estudiar las regiones como restos del Antiguo Régimen que se resistían al rodillo de la modernidad en forma de estado-nación como de analizar el proceso de formación de identidades colectivas basadas en la territorialidad. Proceso del que ambos, tanto regionalismo como nacionalismo, formaban parte como caras de una misma moneda (Fradera, 1992).

Estaríamos hablando, pues, de un proceso de la modernidad consistente en la formación de “geometrías múltiples” o de “esferas superpuestas”, donde las diferentes “capas” de identidad

¹ Destacan los trabajos realizados por Juan Miguel Álvarez Domínguez en torno al regionalismo leonés en el período que nos ocupa (véanse Álvarez Domínguez 2006; 2007a; 2007b; 2007c; 2008). Se trata de unos trabajos que, pese a centrarse en episodios concretos, comparten en buena medida los presupuestos de los que parte este artículo. También hay que destacar la obra de Díez Llamas (1992) sobre la identidad leonesa y la de Martínez Pérez (2015), que, aunque se centran en el período de la Transición, tratan algunos aspectos de este período.

territorial convivirían en escenarios cambiantes según el momento histórico. Estas identidades podrían apoyarse mutuamente o entrar en abierta contradicción (Núñez Seixas, 2006: 12). Núñez Seixas y Storm han insistido en estos argumentos al elaborar las conclusiones de un reciente libro que compendia estudios del fenómeno en toda Europa. Desde una perspectiva comparada, estos autores nos dicen que el relato regionalista se forja como un discurso de la modernidad (aunque, como dejan asomar en el propio texto, y esto es importante, basado en discursos del pasado), en concreto durante la segunda fase de la revolución industrial:

Although some awareness of regional differences did already exist, clearly demarcated regional identities were only created towards the end of the nineteenth century. Regionalism, like nationalism, is therefore a product of modernity, and whereas Ernest Gellner linked the rise of nationalism to the transition from agricultural to industrial society, one could argue that regionalism is the product of the second industrial revolution of the late nineteenth century. New secondary railways, improved communications and the creation of more uniform markets made it possible and commercially attractive to market products as coming from a specific region. However, one could also argue that it was maybe not so much the technological revolution but the rise of consumer society that led producers to diversify their products. Towards the end of the nineteenth century, entrepreneurs in the tourism and agribusiness industries began to emphasize the exceptional and unique qualities of their homeland in order to stand out among the rest. (Núñez Seixas y Storm, 2019: 345).

Si asumimos que nos encontramos ante un discurso que se debe en gran parte a la modernidad, es útil la definición que dan para la nación autores como Benedict Anderson (1991), que habló de ella como “comunidad imaginada”; solo que en este caso esa “comunidad imaginada” también se aplicaría a la red múltiple y compleja de identidades mesoterritoriales a la que nos hemos referido. Así, la región sería también

esa “comunidad imaginada” del mismo modo que lo es la nación. En ese sentido, se ha hablado del regionalismo como “the culture that upholds and therefore shapes in the public sphere the existence of a region as an imagined community”, donde la región “may be merely a cultural or ethnocultural concept, imbued with a religious character, possessing relatively shifting territorial limits” (Núñez Seixas, 2012: 18). El regionalismo, como el nacionalismo, aparece en términos de repertorio simbólico capaz de ser movilizado en cualquier momento. Solo separaría a ambos su carácter jerárquico: el regionalismo, al contrario que el nacionalismo, no aspira a la soberanía plena sobre el territorio.

Una vez asumido el papel de nacionalismo y regionalismo como discursos culturales con origen en el período concreto de la modernidad, cabe precisar aquí algunos matices a esta afirmación que cobran especial importancia en el caso leonés. Tal es el caso del enfoque etnosimbólico defendido por Anthony Smith por el que se pone de relieve el papel de los símbolos identitarios premodernos en la construcción de ese discurso cultural. Las diferentes identidades culturales colectivas que operaban previamente en la sociedad preindustrial aportaron en muchos casos elementos clave para la construcción de las nuevas identidades territoriales. La modernidad, por tanto, pondría elementos clave (medios de comunicación, sociedad de masas, extensión de la ciudadanía...) para la formación de los nuevos discursos, pero estos no dejarían de recibir elementos del pasado que serían fácilmente aceptados y asumidos por la población gracias a una retórica simbólica (Smith, 2000: 347).

Teniendo en cuenta estos presupuestos teóricos, debemos plantearnos quiénes son los autores que contribuyen a la formación de esos discursos. La proliferación de estudios locales que se ha producido desde los años ochenta, como indica Molina Aparicio (2005), ha permitido observar los múltiples discursos en torno a la nación originados no solo desde el poder sino desde todas las capas de la sociedad, donde lo local, el espacio de la experiencia cotidiana, cobra una especial relevancia en la construcción del aparato simbólico que sustenta la idea de “lo nacional” y “lo regional”. Esta nueva

visión también vendrá a cuestionar otra de las ideas ampliamente compartidas, en concreto la que asevera que la “construcción” de las identidades territoriales es un discurso controlado exclusivamente por la burguesía y los rectores del estado, como habían defendido autores del marxismo clásico como Hobsbawm y Ranger (1983). Siguiendo a Molina Aparicio en el artículo citado, la modernidad implica que, a la vez que se extiende la cesión de soberanía hacia las capas populares, también el estado va cediendo progresivamente el relato simbólico sobre el que se sustenta la nación. Los agentes, por tanto, se multiplican, así como los medios desde los que se manifiestan: periódicos, publicidad, películas, etc. En definitiva, en cualquier manifestación de la cultura popular se debate la identidad (Molina Aparicio, 2005: 147-150).

Dicho todo lo anterior, podemos colegir que el regionalismo es un discurso que puede articularse a partir de los medios que pone a su disposición la modernidad en sus estadios más avanzados: desarrollo de los medios comunicación, de la cultura de masas y de la opinión pública, junto a la extensión de la soberanía en buena parte de los países europeos con el desarrollo, cada vez más amplio, del sufragio. Un sector creciente de la población se vio interpelado por los discursos territoriales del estado-nación, unos discursos a menudo referidos a espacios que abarcaban más allá de la experiencia directa. Para conseguir el vínculo de lo local más inmediato con lo nacional se desarrollaron todo tipo de discursos que apelaban a la tierra cercana y sentida y, en muchos casos, a identidades culturales que existían desde tiempos más antiguos. A la vez, surgían en este proceso nuevos actores, también más apegados a los diferentes territorios, que desplegaron todo tipo de herramientas simbólicas y que aportaron constructos culturales que participaron de los discursos del estado-nación en contextos distintos y cambiantes.

Desde este punto de vista, para estudiar la aparición del regionalismo en León es necesario conocer cómo y cuándo hizo León su entrada en la modernidad, conocer quiénes eran los actores que verbalizaban el discurso, los medios a través de los que se expresaban y qué símbolos movi-

lizaban y, en este último caso, conocer la trascendencia de identidades locales previas en todo el proceso.

2. La modernidad en León

A principios del siglo XX la sociedad de la provincia leonesa era en su inmensa mayoría rural. La carencia de estudios sobre la población agraria en León hace que sea muy difícil conocer cuáles eran las interpretaciones que esta tenía sobre el espacio que habitaba. A pesar de que la escolarización de primeras letras en la provincia se encontraba muy desarrollada, la población estaba sometida a formas de vida y de relación social muy tradicionales, la mecanización del campo era prácticamente inexistente, los escasos excedentes obligaban de forma recurrente a la emigración y las referencias urbanas eran prácticamente nulas (Reguera Rodríguez y Serrano Álvarez, 1999).

Los focos productores de discurso público permanecían en núcleos urbanos de población reducidísima. La ciudad de León, con cerca de 16.000 habitantes, era la única entidad que podía considerarse urbana en la provincia (Reguera Rodríguez y Serrano Álvarez, 1999) y a sus siete imprentas, en palabras del escritor Clemente Bravo, “no las sostiene el movimiento literario, que es tan escaso que puede decirse que no existe en esta ciudad, sino el trabajo de impresiones oficiales de todas clases y el negocio anejo de librería, objetos de escritorio, etc.” (Bravo, 1902: 5). Con todo, la prensa era notable para un ambiente urbano tan débil, pero a menudo las publicaciones eran efímeras y los periodistas anónimos (Bravo, 1902: 477-478).

Las élites provinciales pertenecían a unas pocas familias que controlaban de forma patrimonial el poder político y económico. Como ha señalado Elena Aguado, estas élites durante la Restauración

se situaron de espaldas a las grandes fracciones castellanas más importantes (el gamazismo y el albismo) y generaron corrientes nuevas dentro del liberalismo de gran influencia en la política nacional [...] [La] elite leonesa alcanza un protagonismo en el escenario de la política nacional que

excede el desarrollo de León y de sus grupos dirigentes. (Aguado Cabezas, 1999: 237).

Precisamente por esta razón, esas élites, en su mayor parte, se desentendieron del desarrollo de un regionalismo político que no les interesaba, pues sus intereses se encontraban ligados a los de la política que se hacía desde Madrid.

Solo restaba, por tanto, espacio para un regionalismo cultural que quedó en manos de una escasísima clase media, letrada y mayoritariamente urbana, que desempañaba los pocos oficios que un entorno como el leonés podía permitir: normalmente los relacionados con la iglesia, el ejército y la función pública, personas que por su alineamiento con los poderes del estado pertenecían en gran parte al ámbito ideológico católico-conservador. Durante el último cuarto del siglo XIX, además, la Restauración había abierto un espacio “de rearme político y económico” por el que estos sectores políticos más conservadores ocuparon muchos de los espacios desde los que se produjo el discurso público, no solo en los medios de comunicación sino también a través de “la restauración de monumentos históricos y obras de arte”, proyectos que, por su carácter, larga ejecución y altos costes solo podían llevar a cabo estos grupos. La restauración en esta época de la catedral de León o del panteón de los reyes en la basílica de San Isidoro son ejemplos de dos acontecimientos prolongados en el tiempo y con repercusión pública que ayudaron a crear un clima donde la exaltación de lo medieval estaría íntimamente unida a la proyección de los valores sociales de la iglesia y los grupos más tradicionalistas y conservadores (Aguado Cabezas, 2007).

Pese a ello, un discurso alternativo también fue posible. Tal y como apunta Elena Aguado:

la dilatada presencia de un movimiento republicano que, aunque heterogéneo y políticamente dividido, había logrado romper el turno en el distrito de la capital ya desde 1885 –con el potente liderazgo de Gumersindo Azcárate–, aportó al hecho leonés una forma diferente de pensar la democracia y la región, nutriéndose –no solo electoralmente– de la herencia radical de los años cuarenta y del Sexenio. Estos

últimos, –exquisitamente respetuosos con las tradiciones culturales de León, a cuyo conocimiento popular contribuyeron decisivamente– afrontaron la regeneración de la provincia y la cuestión regional desde posiciones laicas, *social-liberales* y reformistas. De ahí surgió el proyecto filantrópico educativo, materializado en las escuelas Sierra Pambley y las propuestas de reforma sociolaboral, emanadas desde el Instituto de Reformas Sociales que también alcanzaban a los labradores modestos. Así mismo ejercieron una notable influencia sobre otros sectores de las élites leonesas, si bien católicas no adscritas al integrismo neocatólico. (Aguado Cabezas, 2007: 184).

El discurso de todos estos actores comenzó a manifestarse con más énfasis a partir de los años veinte, al calor del desarrollo de la economía que se había producido en España durante la I Guerra Mundial. Un desarrollo que en esa época ya empezaba a declinar, pero que había impulsado cierto crecimiento de la industria en León y con ella un crecimiento de las clases medias y urbanas.

El desarrollo económico vino acompañado de una proliferación de periódicos y revistas, sobre todo de inspiración conservadora, católica y tradicionalista, que harán de altavoz del discurso regionalista. Así, tenemos publicaciones como *Vida Leonesa*, vinculada al industrial Miguel Díez Canseco, *Diario de León*, *La Democracia*, *Renacimiento* o la *Crónica de León*. En ellos se expresaban esas clases medias ya mencionadas. Destacaban, por poner algunos ejemplos significativos, miembros del clero como Filemón de la Cuesta, el agustino Gilberto Blanco, el padre Clemente Vilorio, el arcipreste de la catedral de León José González o el prior de la colegiata de San Isidoro, Julio Pérez Llamazares. También los inspectores de enseñanza Miguel Bravo Guarida y Modesto Medina Bravo, el catedrático de enseñanza secundaria Mariano Berrueta o el abogado Francisco Roa de la Vega, entre otros.²

2 Acerca de las actividades y el perfil de algunas de estas figuras ha escrito Álvarez Domínguez; concretamente sobre Miguel Bravo Guarida (2006), Clemente Vilorio (2007a), Eugenio Merino (2007c) y José González (2008).

3. El discurso regionalista en León

El regionalismo en León va a desplegar características que eran comunes al fenómeno en toda España: la vuelta a lo local como “lo castizo”, lo íntegramente nacional. Disciplinas científicas y artísticas ponían sus ojos en el “terruño”, en la “patria chica”, como el territorio de lo íntimo y lo accesible, el lugar donde se encarnaban los valores de la nación (Archilés Cardona, 2006).³ Una amplia mirada a todo lo escrito en esta época, tanto en la prensa leonesa como en publicaciones bibliográficas, así como otras manifestaciones en el espacio público, nos permite ver una interpretación de lo “regional” en este sentido: lo leonés va a cristalizar en torno a unos presupuestos que pertenecían a un “espíritu de época”, pero desplegando un argumentario simbólico local. Podemos extraer algunas características de ese regionalismo embrionario:

a) Discurso condicionado a los nuevos intereses de las clases urbanas

El regionalismo, como discurso de esa modernidad tardía a la que nos hemos referido anteriormente, va a representar los intereses de las nuevas clases urbanas que se están desarrollando a lo largo del estado. Como hemos visto, el primer tercio del siglo XX marcará la consolidación de una pequeña clase burguesa en la provincia de León con aspiraciones urbanas. Esta tímida burguesía, como se puede observar a través de sus órganos de expresión, trata de participar de los nuevos modos de vida y gustos estéticos que despliega la más desarrollada sociedad urbana de otras partes del país donde el regionalismo se manifiesta como uno de sus pilares culturales más importantes. Su interés no es retornar a tiempos pretéritos, sino que busca en ellos la justificación y el anclaje sobre los que proyectarse hacia el futuro.

Frente a la nueva vida urbana e industrial se va a potenciar un interés por el mundo rural que ya existía desde el Romanticismo. Así, entre estas nuevas clases ciudadanas aparecerá el interés por “redescubrir” la vida en el campo, el folclore, las lenguas autóctonas, las culturas

locales y los paisajes naturales, a la vez que los recreaban según sus parámetros estéticos y sus nuevos modos de vida, vinculados al desarrollo de los medios de transporte, del ocio y de un capitalismo que permitía contemplar el turismo o la comercialización de productos locales como una oportunidad económica.

Las publicaciones del momento en León van a ser proliferas en artículos y reportajes en los que se describen costumbres populares, noticias etnográficas o excursiones desde la capital a entornos rurales de la provincia. Estas publicaciones suelen contar con secciones de nombres como “Por los pueblos” (*La Crónica de León*) o “Excursionismo” (*Vida Leonesa*), donde se idealiza el mundo rural, tanto en los modos de vida de las personas como en la belleza de los paisajes, pero siempre mostrando una prudente lejanía, pues no faltan los artículos en los que se aprecia la desconfianza hacia las personas del campo. Los campesinos adquieren un papel idealizado similar al del “buen salvaje”.

Será precisamente esta última publicación, *Vida Leonesa*, como órgano de la Sociedad Cultural y Deportiva Leonesa, aparecida en 1924, la que va a potenciar a nivel local la implantación del deporte como fenómeno asociado a los nuevos modos de vida. Actividades como el excursionismo, el esquí o el fútbol⁴ llegarán a León de manos de la Sociedad, y su implantación en la esfera local se hará a menudo apelando a una retórica por la que se invoca la necesidad de seguir la estela de regiones que se consideraban más avanzadas.⁵

4 Con motivo del primer aniversario del equipo, en *Vida Leonesa* se hacía una llamada a nuevos socios para ampliar las actividades “y dar con ello mayor impulso a nuestra vida deportiva, ya que ello redundará en beneficio de nuestra raza y particularmente en el de nuestra provincia, pues siguiendo el camino que la Cultural ha emprendido, León será cuna de hombres sanos y fuertes, y por lo menos podremos decir que, deportivamente, no somos una excepción en el mapa de España” (Espinosa, 1924).

5 Como ejemplo de la percepción de retraso de las clases urbanas leonesas (y de su extensión y recursos más limitados) respecto a las del resto de España podemos señalar un artículo publicado en *Vida Leonesa* donde Medina Bravo (1923) aconseja a la población local cómo practicar el excursionismo de la forma más barata posible. Anima a pernoctar al aire libre durante el buen tiempo, aunque “durante el mal tiempo, esto no puede hacerse, y entonces

3 Para una visión general sobre los procesos de nacionalización en España véanse obras como la coordinada por Pérez Garzón (2000) o *Mater Dolorosa*, de Álvarez Junco (2001).

Otra actividad relacionada con los nuevos estilos de vida y el desarrollo del ocio fue el turismo, que se veía como una oportunidad para el desarrollo económico. Desde los medios de comunicación se hacían constantes llamados a las instituciones para el fomento de esta actividad. Aparecieron guías como las que escribieron Miguel Bravo Guarida (1913) o Raimundo Rodríguez (1925), que contribuyeron a la consolidación del discurso regionalista mediante la descripción del patrimonio, del paisaje, de las divisiones comarcales y del folclore.⁶

b) La celebración de la “patria grande” a través de la “patria chica”

Al igual que va a suceder en otros lugares de España, el discurso regionalista leonés va a buscar su lugar en el regeneracionismo social y político al que aspiraban las clases medias de la Restauración. Para ello, y en palabras utiliza-

das para el modelo asturiano, que en este caso son perfectamente aplicables al caso leonés, los regionalistas en León trataron de forjar su singularidad “mediante un lenguaje simbólico que se apropi[ó] del discurso identitario nacional. Al situar las reclamaciones regionalistas en los debates más destacados sobre los valores y la identidad española, el «lenguaje del patriotismo dual» sirvió para legitimar demandas regionales que pedían un aumento de los recursos estatales y más atención [...] a los intereses y conflictos locales” (Boyd, 2006: 152). Esta actitud provocó que, como estaba sucediendo en gran parte del estado, la sublimación de lo local (en este caso “lo leonés”) se convertía en una forma de consolidar la identificación con lo nacional (Archilés Cardona, 2007), pero no en una forma cualquiera, sino en la mejor de las posibles (Moreno Luzón, 2009).

El regionalismo leonés se va a alinear, frente a las pretensiones autonomistas de vascos y catalanes, dentro del llamado “regionalismo sano”. Con el fragor de los debates que había provocado la creación de la Mancomunidad de Cataluña todavía sobre la mesa, Bravo Guarida, en una conferencia en Astorga, hacía un alegato por un regionalismo leonés en estos términos:

Yo quisiera despertar aquí y allí un sano regionalismo que restablezca ante la historia nuestra personalidad regional, bien distinta, acusada y característica. Aquí donde estas ideas nunca podrán tener las fatales consecuencias y derivaciones que en otras comarcas que sienten con menor intensidad los latidos de la unidad nacional. ¡Aquí no hay ese peligro! ¡Somos nosotros la cuna y el corazón de España! La unidad política y nacional quedó fundada y establecida por la dinastía leonesa. ¡No podríamos, ni geográficamente, dejar de ser nunca españoles netos y castizos! (Bravo Guarida, 1919).

No faltan ejemplos en ese sentido. La idea de lo leonés como germen y pilar fundamental de España puede rastrearse en todo tipo de manifestaciones. Esa idea pugnará por un lugar en el discurso del nacionalismo español, para lo cual tomará alguno de sus principales recursos retóricos. Uno de ellos va a ser el predominio del

no hay más remedio que alojarse en posadas o fondas, ya que desgraciadamente no hay en toda la región leonesa ni un solo refugio construido por una sociedad de excursionistas. En los Pirineos, en Gredos, en Guadarrama, Picos de Europa y Sierra Nevada, las sociedades alpinas han levantado sus albergues en sitios estratégicos para facilitar las visitas a la región en que están enclavados” (Medina Bravo, 1923: 6-7).

6 A raíz de la aparición de la *Guía Artística de León*, de Raimundo Rodríguez, Francisco del Río escribía en la *Crónica de León* un editorial que, bajo el pseudónimo de Jacinto Rojo, resumía la visión y las expectativas puestas en el turismo en aquellos años para el desarrollo económico local: “Asáltanos hoy la idea de que la flamante obra, como las que la antecedieron y como otras parecidas que probablemente la seguirán, ha de tener gran difusión, ha de enviarse a todas partes, ha de ser adquirida aquí por propios y extraños y principalmente llevada en manos de los viajeros que a nuestra ciudad vengan para admirar los numerosos objetos de arte que la enriquecen, ha de hacer a nuestra región toda más apreciada y querida, como anhelamos con vivas ansias sus hijos. Consecuencia natural y lógica será también que de año en año el número de los turistas que, sobre todo en las buenas épocas del verano y el otoño, por aquí vengan, acrezca en proporción considerable, con lo cual la riqueza aumenta en determinado aspecto, lo que no tenemos siquiera derecho a olvidar, como hasta el instante mismo en que trazo estas líneas hemos hecho, llevados de la apatía más que de la ignorancia. Con urgencia, si realmente no queremos a más de prestigio perder un buen negocio, habrá que decidirse a establecer en León, patrocinado por las corporaciones oficiales: Diputación, Ayuntamiento, Cámaras de Comercio, Minera y de la Propiedad, etc., un centro adecuado de información y de propaganda mediante el cual fuera de la provincia se conozcan los sitios más dignos de visitarse, los itinerarios, los medios de trasladarse de un sitio a otro, los hospedajes, etc.” (Rojo, 1925: 1).

historicismo en el debate sobre la construcción regional. Una de las características más importantes de la concepción espacial del territorio en España es la controversia entre la región natural y la región histórica. El regeneracionismo de finales del siglo XIX y principios del siglo XX hará de la reforma regional una de sus banderas más importantes. Una gran parte de las propuestas pondrán énfasis en las divisiones territoriales basadas en la “región natural” frente a una tradición de regionalización basada en razones históricas (García Álvarez, 2002). En este sentido León iba a encontrarse en una encrucijada: por un lado, mantenía una identidad, que si bien débil y circunscrita a la provincia, se basaba en el referente histórico del reino de León y, por otro lado, se hallaba físicamente en los bordes de una meseta que, identificada con Castilla, adquiriría cada vez más importancia en las nuevas propuestas de regionalización (Casals Costa, 2001).

Esta ambigüedad es heredada de tiempos mucho más antiguos. Frente a regiones vecinas del noroeste de la península como Asturias o Galicia, las comarcas leonesas, que en muchos casos han compartido condiciones sociales, económicas y culturales similares a ellas, no han tenido una identidad común claramente definida. Según ha estudiado Sánchez Badiola (2002), durante el Antiguo Régimen, aparte de las referencias a una Castilla identificada con la meseta, una dubitativa identidad regional leonesa fue enmarcándose en un territorio poco definido, a veces variable, que correspondía *grosso modo* con la actual provincia de León y el noroeste de la de Zamora. Era un territorio poco articulado y de importancia cambiante que encontró un asiento territorial en la nueva provincia de León surgida de la revolución liberal de principios del siglo XIX. Ese nuevo marco administrativo provincial fue el que siguió invocando durante toda la centuria un referente identitario que apelaba a la herencia del medieval reino de León (Aguado Cabezas, 1999). Un reino de León que, como nos recuerda Sánchez Badiola, “como entidad político-administrativa, y al igual que sus vecinos, desaparece definitivamente con el Antiguo Régimen, por más que el célebre Decreto de Javier de Burgos, en 1833, al definir el marco provincial que, con ligeros retoques, ha llegado hasta nues-

tros días, contemplase una región leonesa integrada por las provincias de León, Zamora y Salamanca. En la práctica, esta división careció de operatividad [...]” (Sánchez Badiola, 2002: 92).

Si a esta debilidad identitaria leonesa añadimos el creciente prestigio de lo castellano en el relato nacional español, que –como es sabido– se produce a partir de la crisis del 1898, lo castellano se convertía en un referente de lo español que el regionalismo en León no podía obviar, por lo que a veces tratará de conjugar las referencias a lo castellano y a lo leonés en un ambiguo, y a menudo contradictorio,⁷ discurso de “esferas concéntricas”. No obstante, y a la luz de la investigación, el discurso historicista será el predominante. En este caso, las referencias al antiguo reino de León tratarán de alinearse con un relato nacional español basado en la Reconquista y en la conquista de América, los dos ejes fundamentales sobre los que se había construido la historia de España desde el siglo XIX (Álvarez Junco y Fuente Monge, 2017). La profusión de artículos y publicaciones sobre los momentos más gloriosos de un reino medieval que había contribuido decisivamente a la lucha contra los musulmanes y a la extensión del cristianismo en la península denotaron ese afán de colocar a León en los puestos preferentes de una historia de España concebida a partir de esos valores. La multitud de artículos y publicaciones sobre episodios de la historia del reino de León y la celebración de los mismos en el espacio público así lo corroboran.⁸

7 Esta contradicción se observa constantemente en el período. Es normal encontrar expresiones como la que aparece acompañando una imagen del castillo coyantino en *Vida Leonesa* (2 de diciembre de 1923, página 30): “A orillas del Astura, el río de los astures, el actual Esla, el castillo de Coyanza alza gallardo, majestuoso, sus torres llenas de elegancia y sus muros fuertes que parecen aprisionar el alma de la raza castellana, conquistadora de mundos”; junto a las abundantes manifestaciones de sacerdotes, sobre todo del padre José González o de Julio Pérez Llamazares, reivindicando frente a Castilla un reino leonés triprovincial o pentaprovincial, según los casos (Álvarez Domínguez, 2008). Todo ello sin olvidar las continuas referencias (las más abundantes) a una región leonesa reducida al espacio provincial.

8 Destacan, en este sentido, la celebración del noveno centenario del Fuero de León en 1920 o las celebraciones por el fin de las obras de la restauración de la catedral leonesa en 1901. Sobre

c) Un ejemplo: el editorial de Miguel Díez Canseco en el primer número del segundo año de *Vida Leonesa*.

Para concluir, y como ejemplo paradigmático de todo lo anteriormente expuesto, se muestra a continuación el editorial con el que saluda *Vida Leonesa* a sus lectores en el primer número de su segunda época. La revista, que había nacido en 1923, se convirtió a partir del primer número de 1924 en el órgano de expresión de la Sociedad Cultural y Deportiva Leonesa, una sociedad empeñada en fomentar la vida deportiva y cultural de la provincia. Su presidente, Miguel Díez Canseco, relacionado directamente con los círculos de poder más cercanos a Primo de Rivera, era el hombre fuerte de la vida económica y política provincial. El saludo que hace a los lectores de la revista en el primer editorial de la misma ofrece todo un manifiesto de los valores regionales que desde la Sociedad Cultural y Deportiva pretendía promover, unos valores que, si bien partían de un discurso elaborado en función de los elementos locales del pasado, ponían sus ojos en los ideales, tanto políticos como económicos, del proyecto nacional español:

La «Sociedad Cultural y Deportiva Leonesa», nacida al calor de una feliz iniciativa de jóvenes entusiastas y bien orientados de esta capital, tiene en el corto período de existencia un haber digno de todo encomio, prometedor de una mano de obra fecunda y provechosa. Las conferencias dadas por personas competentísimas, a la vista de nuestros monumentos de arte, con asistencia de casi todos los socios; las excursiones realizadas a parajes interesantes de la provincia; la construcción de un hermoso campo de *sport*; el haber logrado formar un equipo de football, que competirá con los mejores de la región; la creación así mismo de un orfeón y un cuadro artístico, muy estimados ambos, y el contar hoy con una revista como VIDA LEONESA, son hechos que patentaron el espíritu, fortaleza y voluntad de nuestros muchachos.

Aparece con el sello de nuestra «Cultural y Deportiva», VIDA LEONESA, que,

para estímulo de propios y extraños, y con el concurso de los mejorados artistas y escritores concedores de León y amantes de sus bellezas, viene a cooperar a los altos fines de la pujante Sociedad.

Rica vena de inagotable tesoro artístico nos ofrece León y su antiguo Reino, que asegura la próspera vida de una revista regional. La historia leonesa, diseminada en valiosísimos pergaminos, viva en sus monumentos, latente en sus costumbres, aureolada con limbos brillantes de leyenda en sus tradiciones, ofrece ancho campo al investigador y al poeta. Sus ricos paisajes, tanto en esas montañas incandescentes que besan el cielo en lejanías de ensueño como en sus apacibles vegas fertilizadas por ríos caudalosos y fecundos, prestan asunto a la inspiración de los pintores. Y la gama infinita en su variedad de costumbres regionales, desde las que se conservan en las alturas hasta las de las pardas aldeas del llano campesino, que nos llevan camino de la meseta castellana, brindan a todos en esta época de inquietud y movimiento, con el acicate de ese excursionismo tan provechoso para las regiones que pueden poner orgullosas ante los ojos del turismo la riqueza emocional que encierran en rincones muchas veces inexplorados.

Al lado de la riqueza artística, tiene nuestra provincia una vitalidad económica envidiable, patente hoy por el rápido desarrollo de la capital, no obstante deberse éste de una manera exclusiva al esfuerzo individual, del que aparece totalmente alejado el concurso de las corporaciones oficiales.

Aunque [la] momentánea crisis[,] de una generalidad extensiva a campo más amplio que la región leonesa, haga aparecer más encalmado el movimiento industrial, no es para nadie que por León haya pasado con los ojos abiertos y el espíritu atento a la observación, un secreto la pujanza del aspecto económico industrial de nuestra vida. Desde la agricultura y ganadería hasta la minería, cerámica, explotación de canteras, etc. León ofrece condiciones excepcionalmente privilegiadas para contribuir de modo poderoso al resurgimiento de las actividades nacionales.

En otro orden, ofrécese a nuestra consideración el esfuerzo de sus hombres. Sin entrar en citas, propias de otros trabajos, pero

estas celebraciones y el uso del patrimonio y los monumentos en el espacio público leonés, véase Lucas del Ser (2007).

innecesarias en estas breves líneas, no podemos menos de apuntar con satisfacción que existe una pléyade honrosa de leoneses ilustres, cuyas excelsas personalidades destacan brillantemente en los distintos órdenes de las actividades intelectuales, continuando la tradición de los que en otros tiempos honraron con sus inteligencias este hidalgo solar. No pocos de estos hombres llevaron el esfuerzo de sus actividades fecundas más allá de los mares y en las tierras hermanas de la América española contribuyen con callada labor a la aproximación espiritual de aquellas repúblicas con la madre común. A todo esto, ha de prestar atención VIDA LEONESA. Ciencia, arte, historia, tradiciones, industrias, excursionismo, *sport*, comunicación exterior, sin olvidar, ya que se trata de obra de hombres y hombres jóvenes, de la cooperación que a las manifestaciones de arte y poesía presta la mujer y singularmente esta bella mujer leonesa, musa digna de encender en el alma del artista el fuego sagrado de las inspiraciones. Adelante, pues; seamos el lazo de unión de un pasado glorioso y un porvenir brillante, y quiera el cielo que cuando dejemos el puesto a los que nos sucedan, pueda decirse de nosotros que forjamos con brío y acierto los cimientos de una obra estimable. (Díez Canseco, 1924: s. p.).

Conclusiones

Como hemos podido observar, el discurso sobre lo local en León responde a los patrones expuestos por las últimas teorías sobre el particular: la llegada de la modernidad a León va a hacer que se desarrolle una tímida clase media con intereses y modos de vida distintos a los de la inmensa clase rural que habitaba el territorio. Esta clase media, ligada a los intereses del estado, tratará de encontrar en lo local aquellos elementos simbólicos que la coloquen en un espacio de prestigio dentro del relato nacional. En el caso leonés, uno de los más destacados será el del antiguo reino de León, una referencia simbólica que había patrimonializado la provincia homónima durante el siglo XIX y del que se trató de explotar su papel en la Reconquista tal como era entendida esta en la historiografía del momento. Partiendo de estas consideraciones, es necesario replantearse algunos aspectos que tra-

dicionalmente se han asociado al regionalismo en León.

Uno de ellos es la creencia en un reino de León, con origen en la Edad Media, que ha llegado hasta hoy frente al impulso homogeneizador de la construcción del estado liberal español. Ese reino medieval, que en realidad desapareció durante el Antiguo Régimen, se convirtió en un elemento simbólico movilizado desde la nueva provincia leonesa que aparece en el siglo XIX. Dado que la aparición de una región leonesa triprovincial –basada en ese reino de León– con la reforma de Javier de Burgos de 1833 apenas tuvo trascendencia real, como varios estudios han demostrado; y dado que tanto en Zamora como en Salamanca las élites provinciales no estuvieron interesadas en la utilización de ese recurso simbólico, nos encontramos ante un discurso originado fundamentalmente en la provincia de León. Un discurso que, si ha tenido ecos en las provincias del sur, ha sido por repercusiones en épocas posteriores.

Otro aspecto que se ha de considerar es que el paralelismo entre ese discurso regionalista y la modernidad hace que debamos tener en cuenta cómo fue el acceso de la provincia leonesa a esta. Ese acceso, que fue tardío y tenue, conllevó, por tanto, un regionalismo con una implantación ambigua y marginal. En ocasiones se ha hecho hincapié en buscar elementos de un regionalismo político leonés en épocas tempranas, por mimetismo con lo que estaba aconteciendo en otros lugares del estado, como Cataluña o el País Vasco, sin tener en cuenta que se trata de sociedades diferentes en momentos históricos distintos.

Por otro lado, si consideramos el regionalismo como un discurso cultural, capaz de movilizar diferentes elementos simbólicos y también como una parte integrante y necesaria del discurso del nacionalismo español, es necesario conocer qué recursos se ponen en marcha, quiénes lo hacen y qué interés tienen en ello. Si bien es cierto que una mayoría de la sociedad leonesa se ha alineado con una retórica del nacionalismo español que ha llevado a potenciar elementos importantes para este como la Reconquista, haciendo uso del referente fundamental del reino de León, hay que considerar otros símbolos que, aunque surgen en un principio de forma algo

más marginal y en manos de agentes con una presencia más minoritaria, tomarán más fuerza en épocas posteriores, cuando el contexto histórico sea distinto; tal es el caso de símbolos de la cultura leonesa como los lingüísticos o los de la vida comunal y concejil.

Referencias

- Aguado Cabezas, E. (1999). El Reinado de Alfonso XII y la regencia. Los primeros tiempos de la Restauración. La élite política leonesa de la Restauración...; el funcionamiento del sistema, la práctica electoral...; la cultura popular republicana: los institucionalistas y la Fundación Sierra Pambley. En F. Carantón Álvarez (Coord.), *La historia de León. Volumen IV. Época contemporánea* (pp. 226-250). León: Universidad de León, Secretariado de Publicaciones.
- Aguado Cabezas, E. (2007). La cultura provincial en la formación de la identidad leonesa. *Alcores*, 3, 165-184.
- Álvarez Domínguez, J. M. (2006). Regionalista huérfano de regionalismo. *Argutorio*, 17, 25-29.
- Álvarez Domínguez, J.-M. (2007a). "Leoneses y castellanos". El regionalismo leonésista de Clemente Vilorio en la prensa. *Argutorio*, 18, 24-31.
- Álvarez Domínguez, J. M. (2007b). Cuanto más grande, mejor. [La Diputación Leonesa y las mancomunidades (1914)]. *Estudios Humanísticos. Historia*, 6, 227-243.
- Álvarez Domínguez, J.-M. (2007c). El «Catecismo Regionalista» de Don Eugenio. Un ejemplo de regionalismo castellano-leonés patrocinado desde León (1931). *Argutorio*, 19, 32-36.
- Álvarez Domínguez, J. M. (2008). José González, arcipreste y leonésista. Textos histórico-políticos (1906-1936). *Tierras de León*, 126-127, 131-156.
- Álvarez Junco, J. (2001). *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus.
- Álvarez Junco, J. y Fuente Monge, G. de la (2017). *El Relato Nacional. Historia de la historia de España*. Barcelona: Taurus.
- Anderson, B. (1991). *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London / New York: Verso.
- Archilés Cardona, F. (2006). «Hacer región es hacer patria». La región en el imaginario de la nación española de la Restauración. *Ayer*, 64(4), 121-147.
- Archilés [Cardona], F. (2007). ¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista (1898-c. 1920). En J. Moreno Luzón (Coord.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización* (pp. 127-152). Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Boyd, C. P. (2006). Covadonga y el regionalismo asturiano. *Ayer*, 64(4), 149-178.
- Bravo, C. (1902). *La imprenta en León (Apuntes para una Monografía)*. León: Imp[renta] de Maximino A. Miñón.
- Bravo [Guarida], M. (1913). *León. Guía del turista*. León: Imp[renta] de R. Luera Pinto.
- Bravo Guarida, M. (1919). *Astorga. Regionalismo y Etnografía*. Astorga: Imp[renta] y Lib[rería] de P. López.
- Casals Costa, V. (2001). Ciencia, política y territorio. La construcción del paradigma regional en la Península Ibérica. *Scripta Nova*, 5, [s. p.].
- Díez Canseco, M. (6 de enero de 1924). ¡Adelante! *Vida Leonesa*, 2(34), [s. p.].
- Díez Llamas, D. (1992). *La identidad leonesa*. León: Diputación Provincial de León.
- Espinosa, S. (6 de enero de 1924). La labor de la Cultural. *Vida Leonesa*, 2(34), [s. p.].
- Fradera, J. M. (1992). *Cultura nacional en una societat dividida. Patriotisme i cultura a Catalunya (1838-1868)*. Barcelona: Curial.
- García Álvarez, J. (2002). *Provincias, regiones y comunidades autónomas. La formación del mapa político de España*. Madrid: Secretaría General del Senado, Departamento de Publicaciones.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge / New York: Cambridge University Press.
- Lucas del Ser, C. de (2007). *Élites y patrimonio. Práctica cultural y uso público de la historia y del patrimonio en León (1808-1936)* (Tesis doc-

- toral). Universidad de Valladolid, Valladolid, España.
- Martínez Pérez, D. (2015). *Construyendo la democracia. Tardofranquismo, transición política y la cuestión autonómica en la provincia de León (1962-1984)* (Tesis doctoral inédita). Universidad de León, León, España.
- Medina Bravo, M. (23 de diciembre de 1923). Las excursiones. *Vida Leonesa*, 1(33), [pp. 6-7].
- Molina Aparicio, F. (2005). Modernidad e identidad nacional. El nacionalismo español del siglo XIX y su historiografía. *Historia Social*, 52, 147-171.
- Moreno Luzón, J. (2009). Mitos de la España inmortal. Conmemoraciones y nacionalismo español en el siglo XX. En C. Forcadell, P. Salomón e I. Saz (Coords.), *Discursos de España en el siglo XX* (pp. 123-146). València / Zaragoza: Universitat de València / Institución «Fernando el Católico».
- Núñez Seixas, X. M. (2006). Presentación. *Ayer*, 64(4), 11-17.
- Núñez [Seixas], X.-M. (2012). Historiographical Approaches to Sub-national Identities in Europe: A Reappraisal and Some Suggestions. En J. Augusteyn y E. Storm (Eds.), *Region and State in Nineteenth-Century Europe. Nation-Building, Regional Identities and Separatism* (pp. 13-35). Houndmills / New York: Palgrave Macmillan.
- Núñez Seixas, X. M. y Storm, E. (2019). Conclusion: Overcoming Methodological Regionalism. En X. M. Núñez Seixas y E. Storm (Eds.), *Regionalism and Modern Europe. Identity Construction and Movements from 1890 to the Present Day* (pp. 343-354). London: Bloomsbury Academic.
- Pérez Garzón, J. S. (Coord.) (2000). *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Reguera Rodríguez, A. T. y Serrano Álvarez, J. A. (1999). La población leonesa en la Época Contemporánea: el régimen demográfico...; evolución de la población...; movimientos migratorios...; el proceso de urbanización... En F. Carantoña Álvarez (Coord.), *La historia de León. Volumen IV. Época contemporánea* (pp. 18-42). León: Universidad de León, Secretariado de Publicaciones.
- Rodríguez, R. (1925). *Guía Artística de León*. León: Imprenta Moderna.
- Rojo, J. [Jacinto] (pseudónimo de Francisco del Río) (21 de noviembre de 1925). Por el fomento del turismo. *La Crónica de León*, p. 1.
- Sánchez Badiola, J. J. (2002). Algunas reflexiones acerca del término «leonés» y su valor regional a lo largo de la historia. *Tierras de León*, 114, 73-93.
- Smith, A. D. (2000). *Nacionalismo y modernidad, Un estudio crítico de las teorías recientes sobre naciones y nacionalismo*. Madrid: Ediciones Istmo.
- Storm, E. (2019). The spatial turn and the history of nationalism: Nationalism between regionalism and transnational approaches. En S. Berger y E. Storm (Eds.), *Writing the History of Nationalism* (pp. 215-238). London: Bloomsbury Academic.

Recibíu: 30/06/2020

Acceptáu: 07/10/2020